

CAPILLA ALFONSEINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. 61



Lit. Felipe Gonzalez Rojas - Editor

SALIDA DE LA ÓPERA

Cambiaron el título de una Coqueta por el título de una Institutriz, y todo anduvo á pedir de boca. Fué la Reina con su cuñada y con su hija; los aplausos y los vítores no cesaron un momento. Madame Campan, á quien costó trabajo sumo el saludable atrevimiento de aconsejar aquella mudanza en la representación, muchísimo se holgó con el resultado, y muchos plácemes recibió su fidelidad cortesana del regio agradecimiento. Pero no había que maravillarse por tal cosa, cuando en las *Memorias* se confiesa cómo habían arreglado la sala con anticipación y apercibido las consignas para que tan ensayados estuvieran los espectadores cual ensayados estaban los cómicos en sus representaciones respectivas. Mas no fueran estos ensayos posibles, de haber topado los manipuladores del espectáculo con protestas nacidas de la desconfianza y del recelo antiguos. La prueba de que duraban muchos días entusiasmos cambiados otras veces en escasas horas, dábase con un recibimiento triunfal obtenido en el teatro italiano, sito cerca de las Tullerías. Este teatro se hallaba construido sobre las bases del antiguo palacio de los Choiseuls, nombre tan grato á los recuerdos de Antonieta como ingrato á los recuerdos de Luis, pues fué causa del primer desentimiento entre ambos esposos, por despedirlo el uno de su ministerio á causa del afecto entusiasta que profesaba Choiseul al Austria y haber la otra querido mantenerlo en vano por este mismo afecto. El teatro llevó la denominación, que le pusieron entonces, hasta nuestros días, la denominación de Italiano; y el recuerdo de los Choiseuls ha sido tan permanente allí, que de Choiseul se llama un pasaje abierto por aquellos espacios. La función dada en honor de los Reyes allí en la velada del ocho de Octubre de noventa y uno, fué memorable. Desde las Tullerías al teatro no podía darse un paso, á las aglomeraciones de un innumerable concurso, todo él delirante; y creciendo en delirio, á medida que se iban los Reyes acercando hacia cada grupo en su marcha. Ni una protesta, ni un desagrado. Podía en la Comedia francesa fingirse un público entusiasta con amaños bien apercibidos y prodigalidad de billetes regalados para la observancia de un plan y el cumplimiento de una consigna; pero el pueblo tendido desde los alrededores del jardín de las Tullerías y los ingresos del teatro de la Ópera italiana, como el entusiasmo suyo, no podían amañarse y fingirse. Nada digamos del entusiasmo que dentro de la sala hervía. Los espectadores enloquecieron y las espectadoras lloraron. Al ruido de las palmas juntábase un resuello de sollozos, breve copia del triste mundo nuestro, en que oís la risa de los placeres humanos mezclada con el llanto de las humanas desgracias. Un enternecimiento por el recuerdo de las penas pretéritas y por el estallido de las esperanzas presentes mezclábase al respeto por la Monarquía constitucional. Eran muchos los que soñaban ya con la República en desarreglos nerviosos y en pesadillas penosas; pero el mayor número se holgaba pensando que Francia tenía una Constitución y la Constitución tenía un Rey. ¡Cuál espectáculo! Desde las muchedumbres congregadas á su vuelta en Junio de Varennes, á las muchedumbres congregadas en Octubre por las cercanías del teatro mediaban diferencia tales,

que parecían dos pueblos distintos el mismo pueblo. Como al fresco del mes de Octubre se cambiara el aire tórrido de un estío ardoroso en aire húmedo de un otoño fecundo, y el polvo abrasador en lluvia regeneradora, cambiábase ahora el ánimo airado de la multitud en espíritu de paz y de concordia tan favorable á la libertad como á la Monarquía. El Rey asistió á esta función y con el Rey su hijo. Puesto que había visto los vejámenes, cosa natural que viera éste los triunfos. Desde la berlina del infernal viaje á la platea del gozoso teatro mediaba casi una época. No podía haber duda de la transformación. Todos adoraban al Rey porque todos le creían unido con el pueblo. ¡Qué vida, si durara! ¡Qué Rey tan feliz! ¡Qué pueblo tan bueno! Pero, no la hagáis, y no la temáis. Si mientras el pueblo manifestaba su adhesión á los Monarcas, en agradecimiento conspiraban los Monarcas contra el pueblo, por fuerza tenía que concluir el encanto y por fuerza que romper el combate. La princesa Isabel decía, en su afán de comunicar por escrito cuanto le pasaba, frases explicativas de aquel tiempo. Confirmaba el entusiasmo. Y preguntábase, después de confirmarlo, cuánto duraría. A esta interrogación de duda respondía con otra consiguiente afirmación, que, cumplida de verdad, fuera confirmada por los hechos: «nadie resiste al pueblo, no puede, pues, el pueblo cambiar». Engañábase la princesa, imaginaban resistirlo sus coronados parientes, no ya con las propias armas, con armas extranjeras.

No duró, pues, mucho tiempo aquella concordia entre la democracia y la monarquía. Se conspiraba en el Palacio contra los pueblos y se conspiraba en el club contra los Reyes. Reconociendo éstos no tener otro apoyo que la fuerza extranjera, persistían en procurar de una ú otra suerte la intervención en Francia; reconociendo los clubs no tener otro apoyo que las fuerzas revolucionarias, persistían en hacer perdurable la revolución de Francia. Iban los realistas al teatro en requerimiento de monárquicos desahogos; al teatro iban los demócratas en requerimiento de manifestaciones republicanas. Desde Septiembre á Octubre del noventa y uno, París aclamó con rara unanimidad y continuo empeño á los Reyes. Mas en Febrero del noventa y dos, las cosas públicas tomaban otra fase y los calores constitucionales iban enfriándose al hielo del desengaño. La Reina fué de nuevo á la ópera italiana, encontrando aclamaciones, pero mezcladas con protestas. Los partidarios de la Reina tuvieron que hacer esfuerzos verdaderamente sobrehumanos para sobreponer á las manifestaciones jacobinas sus manifestaciones leales. El triunfo anterior trocábase ahora en verdadero combate. Poníase una comedia en escena, titulada los *Sucesos imprevistos*, donde todas las noches arrastraba tras de sí al público la cantante Dugazon. Realista en el alma, ésta preparó con temeridad verdadera una manifestación, mostrando cuán intensa ó extensa la discordia era, cuando no se libraban ni los artistas de sus garras. Cuantos necesitaban obligar á todos, deben comprender cuán peligroso es desobligar á algunos, aunque sean pocos. La noche pasara con orden completo, y la Reina se partiera entre homenajes unánimes, con saludos de todos, como la célebre actriz no intentara una manifesta-

ción realista. Con efecto, en dúo culminante, se inclinó al palco regio, donde se hallaba la Reina, y haciendo reverencias de sumisión, al par que lanzando miradas de fervor, cantó una letra, la cual decía: «como yo amo á mi señora». Todos cuantos han vivido en palacios, muy bien saben que los cortesanos llaman al Rey señor, llaman á la Reina señora. Oído el verso, vista la reverencia, los enemigos de la realeza iniciaron su correspondiente contradicción patente con los efectos y los dichos realistas. La Reina se asustó y sofocó muchísimo, sin poder moverse, no fuera que degenerase la incipiente protesta en ruidoso escándalo. «Nada de señor, nada de señora», decían los gritones; aquí no hay otro señor sino el pueblo soberano; aquí no hay otra señora sino nuestra querida libertad». Oyendo esto, creyeron los realistas insultada la persona de Antonieta, y crisparon sus puños y rompieron en amenazas. Viéndose amenazados los demócratas, fueron de las palabras á los hechos. Con el ruido de los tumultos se mezcló el ruido de las riñas. Mesáronse los espectadores combatientes entre sí las cabelleras. Nada tan fácil como distinguir las cabezas realistas de las cabezas demócratas. Estas eran cabezas negras ó rubias; las otras cabezas blancas. Habían renunciado los demócratas á empolvase la testa, mientras los realistas guardaban del antiguo régimen la moda de los polvos. Negros mechones volaron por el aire; blancas pelucas por el suelo cayeron. Al pronto se contentaban los airados con desvestirse las cabezas; de haber durado el tumulto, se las abren los unos á los otros. Si tarda mucho la fuerza pública, hubiera muertes: sin embargo, cuando llegaron los milicianos del barrio de San Antonio, ya estaban casi vencidos los revolucionarios. Antonieta no se alteró en apariencia, siquier para sus adentros experimentara toda la tristeza del cruelísimo desengaño. Rodeáronla oficiales de la milicia, y la ofrecieron su pecho por escudo. Expulsados todos los alborotadores, continuó la representación. Y como la grande actriz, causa del triste estado, dirigiéndose á las princesas, dijera: «debemos hacerlas felices». Todo el público gritó: «¡sí, sí!». Los gritos de «¡viva el Rey!» atronaron los oídos. Parecía el teatro aquel á los teatros griegos, donde las grullas, que pasaban por el aire, caían ó conturbadas ó muertas al terror difundido en las alturas por los clamores del pueblo. Ganó á pulmones y á palos el partido realista en aquella ocasión al partido revolucionario; mas la Reina jamás volvió al teatro.

No podía desarmar el pueblo, mientras no desarmara el Rey. Este se creía eterno, según el tiempo que al tiempo daba y la paciencia que ponía en todas las penalidades y sufrimientos, aceptados y no combatidos por su longaminidad y por su paciencia. El Rey tenía su plan, á saber: conspirar él solo invitando los emigrados á repatriarse, y poner sus cinco sentidos en demostrar lo imposible de la Constitución por un proceder maquiavólico. La Reina tenía su plan también: un Congreso militar de reyes que amenazase y no diese. La princesa Isabel estaba con el de Artois, y escribía á diario cartas de oposición. Por manera que no podía entenderse la familia real entre sí misma; y menos la familia real